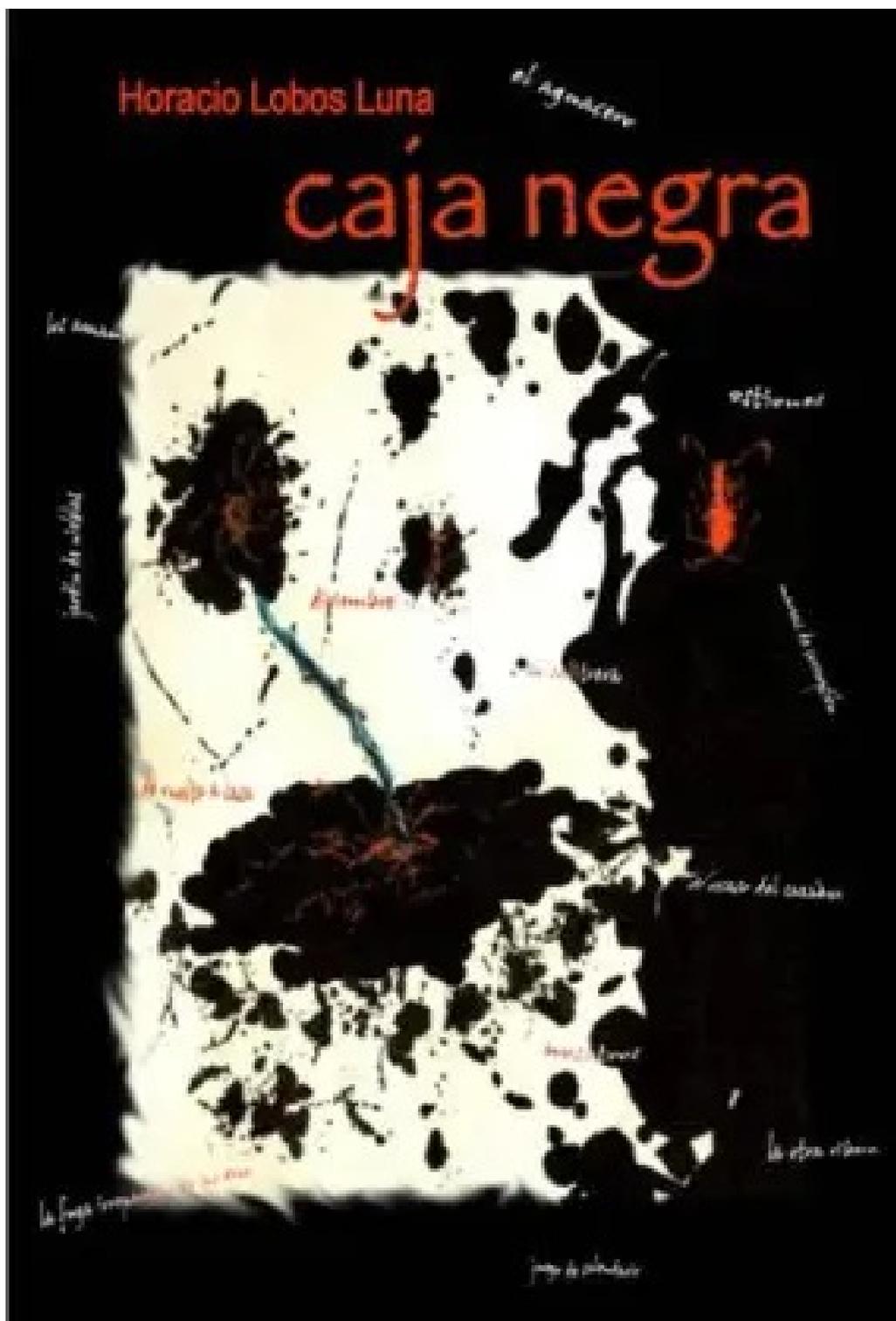


Caja Negra (1988-2005)

Horacio Lobos Luna



Capítulo 1

JUEGO DE CALENDARIO

Hoy es el día del padre. No le he dicho nada a mamá para no preocuparla. Estará sentada frente al televisor, como lo hace todos los días a esta hora, cuando pasan las teleseries que tanto le gustan. Lo habrá olvidado como todos los años. Está tan vieja la pobre que es difícil para ella pensar con claridad. Ahora le ha dado por creer que papá estará de regreso muy pronto. A mí realmente no me molesta el tener que oírla quejarse de la venida de papá a casa, lo que de verdad me revienta es enterarme de que se lo ha contado a medio mundo y todos andan ya murmurando cosas. Estoy seguro de que la tratan de loca y a mí de pobre diablo. Es natural. Todos saben que papá ya no aparece más en carne y hueso. Nunca más. Ella creará sentirlo caminar hacia la puerta de la calle por la vereda, acercarse, mientras se comprime en su asiento llena de miedo. Pero no aparecerá más que muerto en el marco de la puerta y en su mente. Entonces verá que esperó y se impacientó en vano. Y se reirá como nunca lo ha hecho y yo la haré callar para que el barrio no comente cosas ni pueda oírla. No me gusta que el barrio comente por lo bajo; eso es lo que más me fastidia, que de frente se sonríen y me miran hasta amablemente, mientras que por detrás... Hipócritas. Hablarán con ella de la llegada de papá como si nada supieran del asunto y le dirán: "Sí, claro, ¿y cuándo llega?" Ella les contestará evasivamente "en un día o dos" y yo trataré de convencerla; entonces ella me saldrá con eso de que no debería andar diciendo que papá no vendrá más y que está muerto, que podrían murmurar cosas sobre mí, que no estoy en mi sano juicio o algo... La pobre. Es imposible convencerla de nada. Y seguiré mirando el televisor, ahora.

(Tiene que besarla... eso, eso... oh, pero qué llegada tan inoportuna, y tenía que ser ella. No, así no se puede, así no se piensa acabar nunca esta mugre de teleserie... Y ahora qué estará haciendo Rodriguito en la otra pieza. Menos mal que no ha seguido metiéndome eso de que su padre ya no viene. ¿De dónde habrá sacado eso cuando su padre ni piensa morirse por allá? No puedo imaginármelo como un cadáver en medio del desierto de la primera región... Y para colmo de males hoy es el día del padre y él estará de vuelta. Tendré que prepararle un buen regalo este año. Además está eso de las murmuraciones, que si él llega a enterarse se me arma la grande. Rodriguito ha tratado de convencerme. Es tan bueno. Lo único que me preocupa es que no logrará ser nunca independiente. A veces se vuelve un verdadero problema. Tan convencido está de que su padre no vuelve ya. No me molesta eso de las murmuraciones sobre su locura, no, es sólo que si continúa hablando demás podría echarlo todo a perder. Y entonces la sorpresa cobraría contornos más definidos al volver él y oír las

murmuraciones y ya dejaría de ser una sorpresa. Porque después de todo es el día del padre y él esperará su regalo. Siempre regresa para este día, justo a las ocho de la noche, eso me permite saber a qué atenerme para prepararle un presente. Antes lo he hecho, sí, pero no habían murmuraciones. Este año empezaron a surgir de pronto. Es lo peor de todo. Aunque ahora que lo pienso, no creo que llegue a oír nada de nada antes de recibir mi sorpresa, él acostumbra a venirse directo acá, golpea la puerta con leve brusquedad... Sé cómo llama a la puerta. He esperado durante dieciocho años, lo conozco. Nunca antes se me había pasado eso de la sorpresa por la cabeza. Sólo ayer... Dudé, claro, pero sólo una vez y... esta maldita herida. Últimamente no me ha dolido tanto. Tengo el brazo como entumido desde la semana pasada y la herida casi no escoce, o lo hace menos frecuentemente. Rodriguito no sabe nada de lo que pasó, de la herida y todo. Tanto mejor. El es demasiado escrupuloso cuando se trata de mí y es mejor que no lo sepa. Es increíble que después de tanto tiempo aún no consiga sanarme esta cosa. Ya cumplió exactamente un año desde que ocurrió... La teleserie me está aburriendo. Es extraño. Antes me trataba de esconder en ellas cuando él iba a volver, pero hoy, no sé. Es un cosquilleo en el estómago. La sorpresa. Tendré que salir de compras. Aquí me sofoco. Voy a ir a dar una vuelta al centro y lo prepararé todo.)

Mamá ha salido. De compras. No me lo dijo, pero eso se sabe sólo con mirarle la bolsa que lleva debajo del brazo. Ella cree que me engaña con facilidad. A veces me preocupa y me chorea. Eso de llamarme Rodriguito como si fuese una guagua. Voy para los dieciocho este año, en octubre. Pero no puedo acostumbrarme. Trato de no parecer molesto delante de ella para no decepcionarla, sólo por eso. Y ha salido muy apurada. Seguro que va a seleccionar un regalo para papá. Todo el barrio debe saberlo ya. No puede convencerse de la realidad. Me da pena la vieja. Volverá a esperarlo con expectación y con ese temor que yo no puedo compartir con tanta facilidad. Con un regalo que lo mantendrá ocupado por un buen rato y que él ya esperaba como tantas otras veces. A mí me mirará con recelo porque le parecerá extraña esa tranquilidad en mi cara. Mamá le recordará que el regalo es de parte de los dos. Mentirá y se mentirá porque este año el viejo no vuelve. Y se va a quedar con la sorpresa en las manos engarrotadas y el viejo estará muerto. No lo podrá creer en un principio, y luego, suavemente en el comienzo, débil, vacilante, hasta que por fin su cara se arrugará y su voz se deshará en una carcajada cascada y retumbante y yo intentando apaciguarla junto con las murmuraciones que sobrevendrán luego. Y hoy, obligadamente tendré que fingir que también espero. Le diré a mamá que saldré a encontrarlo a la esquina. Ella accederá, contenta por mi repentino cambio y lograré librarme de mi incomodidad delante de ella cuando la vea expectante otra vez... Pero él no entrará más por esa puerta. Ahora mamá estará eligiendo ese regalo. Lo que me tiene un tanto intrigado es esa salida repentina. Mucho antes de que terminara la segunda teleserie. Y el recordar que hoy es el día, ella, que nunca parecía acordarse. Siempre tenía que ir yo a la sala donde permanecía enfundada en su asiento y decirle: "Hoy viene papá";

entonces ella no hacía ningún gesto perceptible y, apenas finalizaba la segunda teleserie, salía como un bólido de la casa y se perdía en la esquina bajo la mirada de todos. Y todos saben. Yo sé. El no volverá a entrar, no volverá a emborracharse ni a dejar que oigan sus gritos y todo lo otro.

(Regresé temprano esta vez. Necesito tiempo para terminar con esto. La caja de bombones es tan inocente como parecer inocente hasta la hora de la sorpresa... Me tomará más de media hora darle el acabado. Han dado las siete en la radio y sé que me sobrará tiempo para todo. Rodriguito se ha puesto a buscar como loco alguna cosa en el baúl donde su padre tiene las herramientas. ¿Se habrá convencido de que está en un error y que su padre volverá? Trato de imaginarme que piensa hacerle un regalo, aunque nunca le hizo ninguno. En todo caso le pedí que lo que sacara lo volviera a su lugar antes de que él llegara. No lo tomó muy en serio y se limitó a contestarme, indiferente, que él ni lo alcanzaría a notar. Eso me dejó preocupada ostensiblemente. Podría saber algo de esto y lo echaría todo a perder, si no lo ha hecho ya, con las habladurías que se han creado y siguen creándose en relación a su extraña obsesión de asegurar eso de la muerte de su padre. Siento cuando la gente murmura a mis espaldas y sé que es sobre Rodriguito, aunque yo nunca lo saco como tema de conversación. El regalo está casi terminado. Sólo restan unos minutos y quedará listo para esperarlo otra vez.)

Me fue imposible realizar todo sin que mamá lo notara. Descubrió cuando lo buscaba en el baúl de papá, en el altillo. Estaba en plena faena en el momento en que ella apareció de improviso. Me preguntó que qué era lo que buscaba allí y yo le dije que no podía decírselo ahora. Por suerte no insistió y es que tengo que sacarlo sin que nadie lo sepa. A ella le daría un ataque si llega a enterarse. Empezaría con que tu padre, que qué vas a hacer con eso, que no te pertenece y que si se entera... Y yo tendría que decírselo, algo que no puedo hacer por nada. Lo llevaré apenas logre envolverlo para que no lo vea nadie, con los habladores y bocones que son todos aquí se armaría. Tengo preparado un buen escondite en un agujero que hay en la pared de la casa de la esquina, esa que da justo al callejón oscuro. Por suerte en esta época del año se oscurece temprano. Luego regresaré. Tendré que aguardar a que mamá se siente a esperar y entonces se lo diré. No lo del baúl, eso será después. Le avisaré que voy a avistarlo a la esquina; entonces ella dirá que bueno y yo saldré de vuelta a aquello y ella se enterará de todo y se convencerá por fin de que él está realmente muerto.

(Rodriguito ha vuelto a salir. Se me ha quitado el susto de que se hubiera enterado de todo y, además, esa manía que me tenía con los nervios de punta parece haber desaparecido de pronto. Se ofreció para esperarlo en la esquina y yo acepté con alivio. Las murmuraciones se acabarán al fin desde mañana y todo volverá a ser mejor que nunca. Rodriguito ya no piensa como antes. Me habían aconsejado que lo internara. Pero ya no volverán a pensarlo. Estará esperándolo ahora en la esquina. Puedo imaginármelo mientras él regresa con su equipaje terroso, casi llegando a la esquina y) Está aún aquí. Sabía que nadie lo descubriría.

Puedo sentirlo. Tomo el bulto y lo saco del escondite. Por suerte hay luna llena. Puedo ver cómo mis manos desenvuelven el paquete, lo hago con sumo cuidado, hasta que (sus pasos rozan por la calzada húmeda. Estará pensando en mí y en Rodriguito que lo seguirá siempre detrás, como) el reflejo de la luna se estrella contra este vejestorio. Me endezco despacio. Puedo sentirlo. Ella permanece todavía sentada en su sillón siempre (acostumbra a hacerlo. El apenas lo tomará en cuenta y continuará avanzando hacia acá, pensando en su regalo, cada vez más) a la espera. Y tengo que avanzar lentamente. El barrio podría despertarse. Tiene que ser así. De regreso, y cada vez la casa se acerca más. Pasos (cerca de la puerta. En cualquier momento se abrirá. Ya dan las ocho. Casi es la hora en) que retumban afelpadamente en el silencio. Y quizás ella lo imagina próximo a la puerta y a su convencimiento. Ahora (que está estirando la mano hacia el picaporte para hacerlo girar, mientras trato de contenerme, de olvidar esta dolorosa herida. Entonces) lo sabrá, él debe estar tirando del picaporte y yo mantengo el mango de esto mientras me abalanzo hacia la puerta y (puedo oír los goznes de la puerta al abrirse. Luego) lo dejo caer con todas mis fuerzas sobre él, incrustándolo en (un ruido seco, un quejido apagado y el cuerpo cayendo hacia adelante, abriendo la puerta donde Rodriguito permanece de pie, respirando jadeante. Me levanto en un impulso, dejo caer la caja de bombones al suelo y observo) su espalda. Y ya está ahí, tirado en el suelo, cubierto de sangre. Mamá se ha puesto de pie y me mira con asombro. Y (el cuerpo de él, inánime en el piso. Luego mi vista sube hacia Rodrigo que me mira contento. Entonces) le sonrío, satisfecho de comprobar que (yo, súbitamente, correspondo a su sonrisa con otra porque) ella está contenta de que yo haya tenido razón, ya que (no volverá a hacerme esa clase de heridas que dolían tanto y) no seguirá golpeándola más frente a mis ojos. ¿Ves? Te lo dije. Él está muerto. Ahora (ya no voy a necesitar esta caja de bombones. La usaré como veneno para ratones. Sólo resta sacar el cuerpo de allí y luego) no queda más que esconderlo en algún lugar seguro hasta (ver qué diablos se nos ocurre ahora para) deshacernos de (él).

[1988]

Capítulo 2

JARDÍN DE NIEBLAS

Todo es tan confuso... Antes no era así. Antes las cosas eran bien definidas y fáciles de coordinar; sabía lo que era verdad y lo que era mentira. Lo que es ahora... Todo viene de aquello, y de aquello viene esto, y por esto es que estoy tan desorientado últimamente. No sé.

Siempre ando con esta desolación a cuestas, una desolación que me pesa más cada día, como una presión que tengo que quitarme del alma, porque el alma está aquí, justo en el pecho, junto al corazón, y debo respirar hondo para aliviar tanta presión; pero en cuanto lo hago me atraviesa un dolor insoportable, como si el pecho se me abriera en una aguda herida, y tengo que darme prisa y respirar cada vez más rápido para que la herida no se haga más grande, para que después no duela tanto. Pero siempre termina doliendo más que antes.

Y junto con la desolación, este cuarto tan vacío y tan blanco que lastima los ojos. Y la soledad que me circunda y parece torturarme. De nada vale salir a los pasillos blancos para volver a nuestros cuartos blancos, de nada vale. Por eso prefiero quedarme aquí, en este rincón, acurrucado y quietecito, porque afuera es peor; allá golpean sin motivo y por el sólo gusto de golpear. Por eso prefiero estar petrificado y silencioso. Y no me muevo. Además, de querer hacerlo tampoco podría, porque algo aprisiona mis brazos contra mi cuerpo como si quisiera soldarlos para siempre, y por más que luchara todo sería inútil. Ellos dicen que lo hacen por mi bien, por eso clavan mis brazos a mí mismo, para que no golpee a nadie más y no me haga más daño. Ellos dicen que por eso lo hacen, pero yo no recuerdo haber golpeado a nadie. La verdad, no recuerdo muchas cosas. A lo mejor tienen razón, a lo mejor sí he golpeado a alguien, sólo que estoy tan confuso... Y tan desolado...

Antes también recordaba muy claro todas las cosas. Pero ya no. Hasta los recuerdos me traicionan y terminan por desorientarme más aún, porque antes por lo menos recordaba quién era y porqué estaba donde me encuentro hoy, sin embargo ahora... Tampoco sé si es cierto eso de que maté a alguien. Ellos dice que sí, que por eso estoy aquí, pero yo siempre ando como aturdido y no puedo decir que no o que sí, porque ya no se me daría nada reconocerlo si fuera cierto, pero con todo este desconcierto... Aunque tal vez tengan razón, digo: ¿para qué iban a mentir?; ya no sacarían nada con hacerlo. No como antes que mentían (y de eso sí que me acuerdo bien, cosa rara) para que ya no pensara todos los días en irme y llamarla porque quería que viniera y me sacara de allí. Entonces sí, entonces me decían que ella no podía venir hoy, que tal vez mañana, y mañana nunca era mañana, y cuando comencé a entenderlo ya no tenía fuerzas para reclamar ni querer nada. Por eso digo que ya ni se les hace mentir conmigo, y que debe ser verdad aunque yo no me

acuerdo.

De lo que sí me acuerdo bien es de los sueños, y del cuarto ese que tiene una ventana que da al jardín. El jardín es todo verde y eso hace molesto que me fije en él, porque mis ojos ya no conocen otro color que no sea este blanco de nieve. Y el jardín parece tan agradable así de verde, pero yo prefiero verlo en esos días en que la niebla baja tan despacito que nadie la oye, ni siquiera el enfermero de guardia puede oírla de tan en puntillas que baja, y se posa en todo y todo se lo traga para pintarlo de rocío cristalino. De ahí vienen los sueños. De la neblina tan espesa y engorrosa parece que me visitaran y emergieran sin darme cuenta... Y, cuando apenas pienso en nada, estoy metido en uno de ellos.

No sé. A veces tengo sueños que me gustan y que quisiera seguir soñando para siempre, pero pronto vienen los otros, esos que dicen que me hacen gritar y sacudir en la cama. De sacudirme debo hacerlo porque si no ¿dónde iba a meter tanto dolor y miedo que me asaltan desde ellos? Casi siempre me da por soñar las mismas cosas, los mismos lugares, pero no siempre sueño con lo mismo del sueño anterior. Hay veces en que una ilusión se continúa de un sueño a otro, como si me hubiera estado esperando de antemano y a veces eso me molesta, porque a nadie le gusta toparse con el mismo sueño una y otra vez... Creo que eso me fue cansando tan de prisa, por eso estoy como estoy, por eso ya no se me da nada volver a soñar una y otra vez el mismo sueño durante toda una semana, o todo un mes, o un año... Lo que sí me gustaría es no tener que soñar tan a menudo esas pesadillas aterradoras. No sería tanto si soñara siempre con mi madre porque, aunque no lo crean, yo he soñado con una señora regordeta que se sienta a esperarme debajo del parrón aquel y que dice que es mi madre, como si entendiera que yo ya no la sé reconocer de buenas a primeras. Ni aún después de que me ha llamado hijo estoy muy seguro de que realmente lo sea, y es que con esta confusión... No es por la desolación, porque la desolación disminuye cuando me siento a conversar con ella y la oigo hablar sobre los pájaros que llegan en primavera y se van en invierno. Y le digo mamá porque puede que, después de todo, lo sea, como me lo ha dicho el loquero que me visita y que me habla tan despacito. También me gusta hablar con el loquero. El sabe de estas cosas, si no ¿cómo iba a ser loquero?. Aunque yo le aseguro que no estoy loco y le hablo de todas las cosas estúpidas que habla la gente normal y él me dice que claro, que seguro, pero yo sé que no lo dice en serio, que me miente como todos por aquí, aunque con él no me enojo porque le gusta hablar de mis sueños, y dice que a lo mejor todo lo que veo en mis sueños es verdad, que a lo mejor son sólo recuerdos y no sueños. Y yo le cuento mis sueños, todos mis sueños, menos ese...

Ese viene casi siempre con la niebla, baja como la niebla, muy calladamente, para tomarme sin previo aviso y me hunde ya no en la desolación de todo, sino en algo peor, peor que esta herida que tengo en el pecho y que duele cada vez más. No se lo cuento al loquero porque puede decirme que a lo mejor es verdad y eso no lo soportaría porque, siendo así, sólo un sueño, ya es mucho el dolor, y no quiero imaginar lo

que sería si fuese de verdad, todo de verdad. Entonces sí me volvería loco y gritaría como dicen que grito al sentir que cierro la puerta de ese cuarto y que sostengo en mis manos algo pesado por la culata, algo que cuelga hacia abajo y pesa más y más, mientras percibo ese calor que me corre por las manos, un calor de algo que no quiero ver, algo caliente y viscoso que me llena las manos, que pica y se diseca poco a poco... Entonces grito. Grito porque abro la puerta una vez más, porque no quiero abrir la puerta, ni mirar lo que hay en el cuarto, dentro del cuarto que ya conozco, pero que no quiero ver ahora. Grito con toda mi alma y mi cuerpo, y parece que el pecho se me cerrara sólo con gritar y gritar, con el dolor yéndose y viniendo como grandes latidos. Y tengo que romper la prisión que tira de mis brazos hacia el cuarto, las manos que me arrastran hacia algún lugar... Hasta que abro los ojos y me encuentro con toda esta blancura, con la eterna soledad que llena esta eterna pieza vacía y sé que me he salvado, aunque la prisión siga sobre mis brazos, paralizándolos. Por eso todo es tan confuso. Por eso ya no sé qué es verdad y qué es mentira. He pensado que sí, que ellos tienen razón y que quizás estoy loco, y, a veces, hasta he pensado que todo esto no es más que otro sueño y que algún sueño de esos que tengo puede que sea la verdad, menos ese... Cada vez que suena el pestillo de la puerta por fuera de este cuarto, pienso en ello. Debe ser, me digo, debe ser. Un sueño tan largo, tan largo que aún no despierto, que dura años y años y del que, quizás, nunca llegue a despertar. Y mientras me encaminan hasta la habitación que da al jardín cierro los ojos, con la única esperanza de ver bajar la niebla alguna noche de estas y deshacerme de tanta angustia y desolación, de tanta confusión que llena siempre todo y no tener más ninguno de esos sueños, tampoco ese. Y rezo, rezo porque nunca logre ver lo que hay detrás de esa puerta. De ese sueño. De esta desolada confusión...

[1988]

Capítulo 3

LA SALITRERA

Aquel verano fue intenso. Había comenzado con días apacibles, agradablemente soleados; pero poco a poco se fueron transformando en mañanas y tardes de irritante sofocación, suelo ardiente y un halo entrecortado de brisa quemante. Para aquel miércoles la condensación del ambiente había llegado a su punto culminante: el río comenzó a filtrarse entre las fisuras de su lecho agrietado y reseco, hasta absorber los últimos residuos. Entonces la gente comenzó a mirar hacia el centro de aquel cielo, defendiéndose con una mano de los hostiles rayos del sol, molestos por la presencia irritante de esa bola de fuego que parecía no querer moverse de aquel lugar, preguntándose cuándo la verían desaparecer, cuando se ocultaría, cuándo sería cubierta por el milagro de una nube pasajera, dos nubes, un nubarrón, o la maravilla imposible en aquellos parajes: una llovizna. Pero para entonces hasta el viento había dejado de batir su esencia ardiente, y el cielo continuaba aún más azul y límpido. Nadie había sospechado que aquel verano sería tan intenso; ni siquiera el viejo Gumercindo, que de vez en cuando se sentaba en su banca chata, junto al marco de la puerta de su casucha, y observaba desfilar figuras cansinas que arrastraban los pies, levantaban polvo blanco que, apenas revoloteaba a unos centímetros del suelo, caía silenciosamente, con una pesadez exasperante. Ni siquiera él, que apenas olía el aire, vaticinaba: va a llover, va a temblar, va a calentar; y así era.

Al mediodía de aquel miércoles, don Gumercindo aún tenía la vaga esperanza de ver un cambio brusco en el clima; pero pasadas las cuatro las había perdido todas. El sol continuaba ahí, implacable, sin moverse, en el centro. Aún a las cinco de la tarde. Todavía a las seis. También a las siete y a las ocho. Y toda la noche y el día siguiente: ahí, sin moverse. Entonces la gente ya no salía a la calle, se quedaban en sus casas, llorando sin lágrimas, gimiendo: va a temblar, se va a acabar el mundo, Dios se olvidó de nosotros. Y se tendían en las camas jadeando, tratando de absorber a bocanadas el poco aire que aún quedaba en el pueblo. Los hombres ya no iban a las faenas, las Plantas de Salitre ya no producían. Las mujeres ya no lavaban, ya no tendían porque la tela de la ropa terminaba resquemada de calor y se rasgaba al solo tacto. Los niños ya no jugaban ni corrían por las calles. Ya nadie sonreía con somnolencia, gruñendo entre dientes: "Están cayendo los jotes asados", desde que el primer gallinazo, como presagio de malamuerte, se había estrellado contra el techo blanquecino de la Iglesia: una bola de plumas y cuero chamuscados, boqueando por la insolación y el delirio de la muerte, ante la mirada espantada de todos, que vieron caer al siguiente horas después con el mismo desconcierto, y al tercero aún con asombro, y con cansancio

al cuarto, hasta que los colmó la indiferencia y desistieron de retirarlos de las calles y arrojarlos a la pampa cuando comenzaron a caer en una lluvia intermitente y molesta. Y las calles fueron un reguero de jotes, palomas domésticas, tórtolas, perdices que aleteaban en un último boqueo y se paralizaban sobre el suelo bajo un sol incandescente, eternamente pegado al centro del cielo, que iba convirtiendo en cenizas sus plumas y sus frágiles huesos.

Entonces fue cuando los hombres enloquecieron, cuando los niños se quedaron dormidos sobre sus camas y, repentinamente, dejaron de respirar. Porque ya no había aire. El silencio lo inundó todo. Los ojos de todos se abrieron como platos, fijos en la nada. Nadie se asomaba a mirar si la bola de fuego seguía allí. Sólo un perro cruzaba de vez en cuando la calle con su esqueleto forrado en una piel seca y sin pelos que se adhería a sus huesos, se acercaba a algún ave muerta para olerla apenas, y luego caía de bruces con un gemido inaudible, mitigado por la sequedad del día interminable, y moría en silencio.

Aquel domingo aún se podía esperar que en el pecho estático y rígido de los hombres, en su mirada perdida y vidriosa, quedara un hálito de vida titilando, latiendo en algún lugar muy dentro de sus cuerpos. Sin embargo, para ese lunes no había un sólo murmullo, ni un solo mecanismo vivo removiéndose o luchando en ningún cuerpo, con excepción del de don Gumercindo. Sólo él continuó con la mirada fija en ese astro encendido e inexorable que lo devoraba y pulverizaba todo con sus rayos. Sólo él, sentado en su banca, los ojos saliéndose de las órbitas, la boca entreabierta, los labios agrietados y pálidos, esperó inmóvil con las pupilas en blanco, laceradas por la luz actínica del sol. Hasta que al fin logró ver cómo un estremecimiento acompasado y lento batía los matorrales de las afueras de la Salitrera, los remecía con un ulular suave que se fue expandiendo hacia el poblado, hasta transformarse en un viento que barrió con el polvo blanco de las calles, deshizo los cuerpos amontonados y repartidos sobre ellas, convirtiendo plumas, huesos y pellejos en montículos informes de arena. Se filtró entre las rendijas de las cabañas, se escurrió dentro de las casas, a través de los vidrios rotos y hurgó sobre los cuerpos estáticos, que ya no eran humanos, sino formas disecadas, y los devolvió a la tierra... Levantó los minúsculos granos que cubrían los techos de las cabañas y los elevó hacia el cielo. Entonces el sol comenzó a moverse lentamente, como si despertara de un pesado sueño invernal. Y don Gumercindo sintió, desde el fondo de su alma, la caricia del viento que azotaba la puerta de su casa, chocaba contra ella, contra sus facciones, contra sus ojos y su cuerpo. Sintió el latido de su corazón: una imperceptible vibración que lo llamaba a la vida. Quiso despertar, ponerse de pie, mover la cabeza, los párpados, pero no pudo. El insistente e invisible temblor de su vida comenzó a apagarse. El viento azotó su figura con furia, carcomió sus facciones silenciosas, su cuerpo viejo, barrió con sus órganos disecados y los trituró lentamente, como a los de una esfinge el tiempo, grano a grano, partícula a partícula, hasta que lo redujo a un polvo blanco como el del pueblo y lo llevó a través de las calles, por

entre las casas vacías, llenas de polvo blanco y soledad...

[1988]

Capítulo 4

DE VUELTA A CASA

Si me preguntan: no me siento culpable. Sobre todo porque a fuerza de costumbre he olvidado cómo hacerlo. En este tipo de trabajo no conviene pensar demasiado; así se evita terminar en un manicomio, con una camisa de fuerza atada al cuerpo, hablando idioteces. En eso era, precisamente, en lo que pensaba entonces, cuando lo vi en la fiesta. Lo reconocí de inmediato, a pesar del molesto titilar de las luces de colores: llevaba un chaleco azul y estaba con alguien, una niña, pensé; no me fijé muy bien en ese momento. Caminé hacia él tomándome mi tiempo, sintiendo la sequedad en mi garganta, contestando a gritos los saludos que recibía y, tal vez, con un leve temblor en las piernas, que me pareció de lo más natural en aquel momento. Mientras tanto, mi mano se iba deslizado suavemente hasta aquel cuerpo alargado y cilíndrico terminado en punta, aferrándolo bajo el costado izquierdo de mi chaqueta roja, donde lo guardaba: la misma chaqueta roja que mamá me había regalado para navidad y que esta noche decidí usar no sé por qué razón, después de inventarle quién sabe qué cuento para no preocuparla: que tenía una cita, que iba a dar una vuelta y ya volvía, que tenía que hacer tareas donde un amigo, o cualquier otra cosa, con tal de que se quedara tranquila, no hiciera preguntas sobre el colegio, mis amigos, y menos sobre Gerardo, que seguramente en ese instante estaba en plena fiesta, sin imaginar siquiera que yo o Álvaro... ¿Qué habría pasado entre Álvaro y él?, ¿habrían discutido por algo o por alguien? Quién sabe. En todo caso no era de mi incumbencia; jamás me ocupo de causas, sólo de efectos. Ni siquiera tuve la tentación de preguntárselo al mismo Álvaro cuando lo vi la tarde del jueves pasado en el Liceo, tan pálido como nunca, cuando se me acercó y dijo, abruptamente:

—Quiero que me hagas un favor... Tengo plata. ¿Te tinca?

En ese momento me preguntaba si Álvaro se habría dado cuenta de que estábamos en pleno colegio, con un montón de alumnos rodeándonos y, tal vez, escuchándonos. No lo miré al contestar, pero sentí su nerviosismo.

— Depende □dije.

— De qué.

— De qué quieres que haga, cuánto y a quién.

— Quiero que lo cagues □oqué balbuceaba□. Te voy a dar la mitad ahora y el resto después. ¿Listo?

La pelota de vóleybol había pegado en la malla y las niñas del lado izquierdo saltaban, gritando contentas, mientras las otras reclamaban acaloradas.

—¿A quién? □pregunté.

— Al Gerardo...

Sonó la campana. Por primera vez mis ojos observaron esa cara asustadiza y crispada, pero decidida. Demoré en contestar, creo. Los alumnos empezaban a retirarse a sus salas.

—¿Cuál Gerardo? □dijo al fin□Conozco a muchos Gerardos.

—Gerardo Rojas □dijo y agregó mirándome□¿Lo harás?

—Bueno □contesté después de una pausa□Si estás seguro.

Entonces sentí la mano de Álvaro junto a la mía que, extrañamente, sudaba también. Palpé el cuerpo apergaminado de un billete y, sin mirarlo siquiera, me lo eché al bolsillo. Fijé mi vista en Álvaro.

— ¿Estás seguro? □pregunté.

Me miró con un dejo de burla en los ojos, que ya no mostraban temor: era todo mío.

—¿Tienes miedo? □dijo.

— No □contesté No tengo miedo... Dalo por hecho.

Uno de la pandilla de Gerardo me lo dijo: “Vamos a ir a una fiesta en la casa de Emilio este sábado, ¿quieres ir?”; contesté que no, pero enseguida supe que de todos modos iba a ir, que no habría mejor ocasión para ponerle fin al asunto que esa. Y apenas llegó el sábado, a eso de las diez, me encontraba camino a la fiesta, después de haber dejado a mamá en perfecta calma, sintiéndome seguro, protegido de los fríos presagios invernales que ya se olían en el aire nocturno, bajo la tibia tersura de mi chaqueta roja. La chaqueta roja era llamativa, pero tenía una ventaja innegable: era ancha, eso me permitía ocultar la forma alargada y notoria del punzón que había decidido usar, a pesar de que siempre llevaba una navaja y un nunchako por si se presentaban ciertas complicaciones, en cuyo caso son las armas más eficaces; pero para este tipo de trabajo siempre he preferido el punzón: es un arma cómoda, rápida y de fácil manejo, además de que siempre se evitan los detalles molestos como la sangre y el escándalo correspondiente. Por esa razón actué lo más rápido posible; apenas rocé su hombro, su cuerpo, que aparecía y desaparecía cobrando una consistencia irreal bajo el efecto de las luces, y apenas alcanzó a reconocerme y a sonreír, en un movimiento relampagueante extraje el punzón de mi chaqueta, lo metí y lo saqué en la boca de su estómago con la suficiente velocidad como para lograr que la punta entrara y saliera sin derramar una sola gota de sangre, permitiendo que la carne se abriera y se cerrara sobre sí misma, como cuando se taja la goma, y lo suficientemente profundo como para que barrera con órganos y células para siempre. Gerardo aún me sonreía cuando el punzón volvió a ocupar su lugar bajo mi chaqueta. Al continuar mi camino alcancé a ver de reojo cómo la sonrisa se le secaba en la cara, congelándose de golpe, y sus ojos me miraban, me seguían atónitos, abiertos sobre un rostro pálido tal vez (con tantas luces quién iba a distinguir). Lo que sí recuerdo nítidamente es su grito, eso sí que no lo olvidaré: un quejido apagado, quizás a causa del dolor o sofocado por el estridente rugido de la música.

No me volví a mirar, ni cuando su compañera chilló (entonces supe que se trataba de una mujer), ni cuando el cuerpo cayó, ni cuando pararon la música y las luces se apagaron y se encendieron con una nueva y llana claridad: cuando todo se alborotó. Para entonces ya me encontraba en

plena calle, preguntándome si alguien lo habría notado, sintiendo el frío de la noche y este dolor en la garganta.

Pero no me siento culpable. Ni siquiera por mamá que, apenas llegue, me preguntará por Gerardo. Ni por mí, que tendré que mamarme el show de ver llegar a alguien mañana a la casa, avisando que Gerardo ha muerto, de ver a mamá llorar desconsolada mientras yo la conforto, diciéndole que no se preocupe, que me encargaré personalmente y le ayudaré a pagar los funerales de Gerardo con el dinero que acabo de ganar, porque después de todo, era mi hermano, ¿no?

[1989]

Capítulo 5

DICIEMBRE

Había abierto casi todos los regalos que descansaban bajo el gran pino de Navidad, repleto de luces de colores y adornos brillantes que iluminaban toda la habitación sin necesidad de encender las luces. Entre expresiones de asombro, risas y comentarios de que la chimenea encendida aumentaba demasiado el calor de aquella noche de verano, y mientras su padre se excusaba diciéndole a la concurrencia que, ya que no caía nieve, había que mantener de alguna manera el ambiente navideño, él terminó de abrir el último regalo que, supuso, se lo había hecho su madre, porque era la única que sabía cuánto deseaba tener una bicicleta esas vacaciones. Fue su regalo preferido, aunque el Atari y el video de Las Tortugas Ninjas lograron distraerlo un buen rato.

Habló poco. Aparte de dar las gracias, sólo abrió la boca para preguntar por su madre, que en ese momento estaba de viaje a no recordaba qué lugar. Cuando los mayores, como cada Navidad, se dedicaron a conversar dejándolo en el olvido, él aprovechó de acercarse a la ventana y espantar un poco el sueño y la modorra que, extrañamente, no se disipaban aún, a pesar de que llevaba más de una hora despierto desde que su padre prácticamente lo había arrancado de la cama donde dormía plácidamente y lo había llevado a través de los pasillos hasta aquella habitación llena de tanto colorido y sorpresas.

Ahora oía las risas lejanas de los grandes mientras miraba hacia la calle y su atención se concentraba en las casas de enfrente. Observó con cuidado e interés a través del cristal aquellos techos polvorientos y viejos, humedecidos por el rocío nocturno. Vio la pequeñez de ese mundo desde aquel segundo piso y, repentinamente, su mirada se detuvo. Se quedó estudiando fijamente la casa que estaba justo debajo de su gran ventanal: era una casa pobremente levantada, hecha de barro y paja, ajada por el descuido y la miseria... Estuvo con la vista perdida en ella en un abismante segundo de fascinación, hasta que, repentinamente, la puerta de madera vieja y descolorida de la casucha se abrió y la extraña figura de un muchacho emergió de aquella boca luminosa abierta hacia la noche. Era casi de su misma edad. Llevaba un saco hinchado de pasto sobre la espalda, y se mantuvo allí, semidescalzo, parado en medio de la noche húmeda, observando largamente los imponentes muros adornados frente a él, y por los que subió lentamente con la mirada hasta encontrarse con la de él vigilando desde aquel ventanal. Al ver aquellos ojos, un súbito escalofrío recorrió su cuerpo, resguardado por la tibia calidez de los cristales, y comenzó a sentir un viento helado, una brisa glacial en los pies, en los brazos, en la piel. Pensó en aquel cuerpo allá afuera, en la ropa raída, en el frío, tanto frío. Y, de pronto, un temblor lo recorrió despiadadamente de pies a cabeza, lentamente, en una convulsión

interminable, y oyó una voz lejana, lejana y estridente, una voz que gritaba, lacerando su conciencia: "¡Mario, Mario...!" Cerró los ojos y el frío se filtró en su alma, en su pecho, en todo su ser. Y unas manos comenzaron a sacudirlo, a llamarlo: "¡Mario, Mario...!"

Abrió de golpe los ojos. Esperó, expectante, a que el calor de la habitación lo envolviera nuevamente, llevándose esa punzante sensación. Pero fue inútil. El frío continuó allí. Estaba allí, en la habitación, en el cuarto lleno de humo y miseria, en el ambiente que olía a fritura y humedad. Se sentó en la cama empujado por aquellas manos brutales, temblando, sintiendo sobre él esa voz chillona que volvía a repetir: "¡Mario, levántate niño, que tenís que salir a vender ese pasto!" Se restregó torpemente los ojos y miró a su alrededor. Logró ver las paredes de barro, el piso de tierra salpicado de astillas de carbón, la mesa de madera vieja con sus sillas descoloridas y casi rotas, y el brasero sobre el que la figura tosca de su tía se inclinaba para soplar las pocas brasas que agonizaban en él; observó sus cabellos sucios y grasientos, sus manos regordetas de uñas negras y sintió que el frío congelaba también su corazón. "Era un sueño pensó . Un estúpido sueño..." La voz estridente de la mujer volvió a oírse: "¡Apúrate, apúrate, que no tengo todo el día!" Lentamente, con un peso oprimiéndole el pecho, Mario se bajó de la cama; se vistió en silencio, oyendo el suave chisporrotear del brasero, se puso los restos de zapatos que aún le quedaban y, echándose el saco a la espalda, salió a la calle llena de guirnaldas y luces coloridas. Por un momento la noche lo envolvió en la pálida luz que proyectaban los postes cercanos y se quedó allí, parado en mitad de la calle, percibiendo penetrantes y exquisitos aromas sobre el pavimento mojado y luminoso. Hasta que sus ojos la vieron. La enorme y lujosa casa se erguía frente a él, cubierta de miles de luces y adornos. Sus ojos maravillados la observaron largamente, la recorrieron poco a poco, subiendo por las guirnaldas y los colores hasta detenerse en el gran ventanal iluminado del segundo piso. Allí, acodada en la ventana, una figura infantil lo observaba.

[1990]

Capítulo 6

LOS AMANTES

Debes volver...

La luz de la madrugada ha comenzado a filtrarse a través de la tela vieja y púrpura de las cortinas que penden sobre el gran ventanal. Los primeros sonidos, tímidamente distantes, se han echado a rodar por entre las calles, poblando el silencio de pálidos rumores, extraños al murmullo manso y ensordecedor de la habitación, ajenos al susurro tibio de aquella respiración, de aquel cuerpo que duerme y palpita contra tu cuerpo: ajenos al deseo. Este deseo que te lanza contra las paredes, que te embiste jadeante contra las sábanas hasta hacerte gritar en medio de la noche inexorable, llena de secretas obsesiones, sofocada de miedos y culpas que los hacen huir del mundo hasta rincones oscuros, lejos de las miradas de los otros. Lejos del fulgor de la madrugada.

Bajo el tibio calor de su abrazo, tu cuerpo ha comenzado el inminente ritual de la separación, deslizándose lento y silencioso entre las sábanas, mientras tu boca se pega contra su pecho desnudo y tu lengua recorre un mar sudoroso de vellos afelpados. A través de la niebla del sueño, sus labios dejan escapar un gemido de angustiado y delicioso placer a medida que tus manos transitan hacia el férreo calor de sus muslos, hundiéndose en una selva frondosa desde la que surge esa forma dura y rígida que ahora arde entre tus dedos y que acaricias suave, delicadamente, antes de separarte de él, antes de volver a la claridad del día que se avecina como una tormenta de luz y sonido. Y te vas deslizando hasta la intemperie vacía y helada de la habitación, distanciándote del mundo cálido y acariciador que late bajo las sábanas. Hasta que por fin tu cuerpo se yergue, desnudo y desamparado, en toda su extensión: se dilata, se estira como si quisiera acoger, en un desmesurado abrazo, el despertar lento y murmurante de la implacable mañana que ha llegado a romper esa mutua intimidad.

Debes volver...

Poco a poco te deshaces de la modorra y comienzas a vestirte. El roce de la ropa contra la piel provoca susurros cargados de voluptuosas agitaciones que van penetrando el sopor mudo y denso de la habitación. Tus manos van calzando cada prenda a los espacios desiertos de tu cuerpo hasta cubrirlos definitivamente. Tus ojos repasan minuciosamente la figura alta y tosca que proyectas en el espejo del armario. Acomodas cada pliegue de tu cabello y de tu ropa con meticulosa serenidad y, con estudiada calma, empuñas el mango suave y rígido del último vestigio de tu presencia en aquel cuarto. Entonces, antes de volver a la claridad rumorosa del mundo, tus ojos recorren por última vez el cuerpo robusto y dormido que yace sobre la cama: la musculosa tersura de ese pecho desnudo, la boca carnosa y entreabierta que deja escapar un bramido

áspero y jadeante, la abultada corpulencia de sus piernas que se dibujan bajo las sábanas blancas, coronadas por el bulto poderoso y protuberante que forma su sexo. En un impulso final vuelves a acercarte a él, vuelves a acariciarlo con suave cautela, a besar sus labios gruesos, llenos de silencio y entrecortados suspiros. Y sales a la calle. Sales a la realidad. Hacia la nebulosa mañana que ruga y espera.

Debes volver...

A través del helado laberinto de niebla y calles tu mirada alcanza a divisar las luces ahogadas y fantasmales de un colectivo. En el leve instante en que una de tus manos lo detiene para iniciar el regreso al mundo irreal y distante de la rutina, tus ojos consiguen cerrarse a las cosas que te rodean y recorrer el tibio recuerdo de aquella habitación, de todas esas habitaciones: de su cuerpo. Abres los ojos. El vehículo se ha detenido a tu lado con un ronroneo de tétrica espera. Subes. Subes y te hundes en una maraña de arterias, árboles y gente que retroceden y se alejan en un torbellino de velocidad casi murmurante. Te hundes y corres hacia el final de ese cálido recuerdo, hacia el final de esa deliciosa magia que se rompe cada vez más al acercarte, al volver. La magia secreta y oscura que se diluye, que se derrumba inexorablemente cuando el vehículo se detiene en aquella esquina. Cuando una de tus manos empuja la portezuela y baja del auto mientras la otra empuña el mango pétreo y suave del maletín. Cuando al acercarte los ves allí, esperando en la puerta. Cuando corren a tu encuentro contentos, risueños, pequeños, y se abrazan a tu cuello llenando tu cara de besos y sonrisas. Cuando la ves, hermosa y perfecta, apoyada en el marco de la puerta, cuando toma tu maletín y te besa dulcemente en la boca, mientras tratas de retener el recuerdo de aquel cuerpo, de aquella boca y de aquellos brazos que te encienden con su virilidad, que te llaman, que siempre te esperan en alguna oscura habitación para amarte.

[1994]

Capítulo 7

MAREAS DE CORRUPCIÓN

Ella siempre me decía: "A veces parece que me estuviera pudriendo por dentro." Y su mirada era un terrible abismo sobre el que parecían pender todas las cosas, un tempestuoso arrecife desde el cual mis ojos se asomaban hacia hondas marejadas que se arremolinaban vertiginosas contra lejanas y oscuras rocas, llamándome, invitándome a cerrar los ojos y dejarme ir hasta sus profundidades. Por eso prefería no mirarla. Cada vez que su boca se abría para hablar de cosas pudriéndose dentro, mis ojos buscaban otros sitios donde poder estar y así descansar seguros, resguardados del vacío abrumador de su mirada. Entonces comenzaba el inminente ceremonial de la huida: mirar por la ventana, fingir que no la había oído, echar una ojeada al reloj, decir: "Es tarde", "Tengo que irme al trabajo", "Los niños están por llegar de la escuela". Algo. Lo que fuera para no percibir el agobiante reclamo marino bramando en la lejanía. Romper la insoportable densidad del instante. Olvidarla.

Al principio fue una simple frase articulada en medio del sopor matutino, irreconocible entre tantas frases dichas con sabor a boca pegajosa, fugacidad de sueños olvidados y cepillo contra los dientes. Luego vino el pálido comentario hecho después de almuerzo, sofocado por el fatigoso crepitar de vasos, platos sucios y sordas recomendaciones maternas. Lentamente aquellas palabras fueron ocupando espacios más desusados, menos soportables, hasta que, sin saber muy bien cómo, lo llenaron todo, incluso los resquicios más inconcebibles: entre las partículas de polvo sacudidas a medio día, entre las gastadas fibras de la ropa restregada cada fin de semana, entre los guisos humeantes repetidos hasta el vértigo. En cada inflexión de voz y silencio podía oírse la variación de aquella monótona letanía: "Me pudro", "Me estoy pudriendo", "Siento la inmundicia dentro de mi cuerpo". Tal vez fue la desquiciante obstinación de su voz, o la sostenida persistencia de sus palabras. Eso que embotó nuestros sentidos hasta el punto de aniquilar definitivamente nuestra capacidad de asombro para la degradación que vino después. Nadie reconoció lo insólito cuando hizo su aparición. Ni Camila, que con la lúcida aplicación de la hermanita mayor iba creando un celoso rincón en su mundo de deberes para sacudirse del acuciante acoso de aquellas frases, escupidas como infectas babosas dispuestas a adherirse a todo. Ni Álvaro, ni Susana, que en la estrepitosa inocencia de sus juegos infantiles parecían querer sepultar algún remoto y abismal estruendo oceánico. Ni siquiera yo, cada día más entregado al incesante trajín del bus tomado de madrugada, invadido por una lacerante sensación de alivio al subir en él y alejarme hacia el trabajo, una sensación que disminuía ostensiblemente con el correr de las horas, con la caída de la tarde y el opresivo regreso a

casa. Cuando la primera mancha apareció nadie le prestó demasiada atención. Sólo era un insignificante punto impreso allí, justo en el centro de su palma derecha. "Debe ser el cansancio", decía ella con esa voz que había adquirido una horrorosa oquedad al paso del tiempo, y con esos ojos que ya nadie se atrevía a mirar. Decía: "Debe ser esta podredumbre que me está comiendo..." Por eso nadie quiso ver aquella desagradable herida que se iba haciendo cada vez más grande, ganando espacios más amplios en su mano y sobre su piel. Aún por debajo de las improvisadas vendas con que intentó luego ocultarlas terminó por olerse el avance de ese extraño cáncer que comenzó a consumirla lenta e inexorablemente. Porque a las frases angustiosas y sofocantes se sumaron las heridas, y a las heridas los penetrantes y nauseabundos olores que empezaron a acompañar su desquiciante rezo, y después de los olores surgió el febril sonido de sus uñas raspando frenéticamente contra la piel infectada, día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto. Un imperturbable, áspero, continuo y exasperante roce oxidado de hojas metálicas.

Los gusanos vinieron después. Ninguno supo exactamente cuándo. Un día sólo estaban ahí, viscosos y pequeños, retorciéndose en medio de las sábanas apenas ella abandonaba la cama por la mañana. O en medio de la losa recién lavada por la tarde. O entre los cojines de los sillones sacudidos con esmero cada día. Incluso sobre la mesa cada vez que ella, con gastados y lentos ademanes, se dedicaba a servirnos humeantes porciones de caldo o aromáticas tazas de té y ellos se le escurrían por entre los resquicios de las vendas, desgranándose como agonizantes larvas sobre los pálidos dibujos del mantel, para quedarse allí, revolcándose en una danza lenta, asqueante y eterna. De nada valió la abundante ropa ajustada, ni los largos guantes estrangulados alrededor del antebrazo, ni las vendas multiplicadas y apretadas con histérico rigor contra el cuerpo. Los diminutos cuerpecillos arrugados y culebreantes se adhirieron a todo, se esparcieron por cada rincón, poblaron las habitaciones junto a los olores de la podredumbre, de la náusea que infectó nuestras vidas, la náusea de verla, de tocarla, de olerla, de recibir de sus manos platos rebosantes de comida y cosas. Pero a nadie le importó. Porque eran preferibles los olores, las uñas rascando contra la piel, la asquerosa danza de miles de cuerpecillos bullendo sobre todo, preferible cualquier cosa a esa abrumante mirada vacía. Preferible a esa voz monótona pronunciando una y otra vez la terrible sentencia de la podredumbre. Por eso, a pesar del asco y la aversión, nadie pronunció una sola queja ante el diario espectáculo de su piel goteando nudos de larvas sobre el mantel. Incluso la pequeña Susana aprendió a contener sus sofocados gemidos al ser vestida por aquellas manos, o al ser servida cada tarde al almuerzo o a las onces. Aprendió a comer en silencio, a callar y tragar tensamente y sin masticar por miedo a sentir el amargo sabor de algún cuerpo blando y extraño; aprendió a decir: "No tengo hambre", "Ya comí", "Me duele el estómago". Aprendió a callar para que ninguna queja la hiciera levantar esos ojos míseros y tener que oír el profundo y aterrador rugido de aquel abismo.

Pero también estaban las noches. Pestilentes noches llenas de martirio,

de rancios quejidos cargados de ansiedad, de roces fugaces tanteando el calor de una caricia, de su piel podrida junto a la mía. Noches plagadas de gusanos subiendo y bajando por entre las sábanas llenas de inmundicia, culebreando a través de mis piernas, mis brazos, todo mi ser; invitándome a entregarme a una danza voluptuosa desde la niebla de mis sueños, sueños habitados por reptiles y delirios insatisfechos de tanto asco contenido. Sueños habitados por la tersa piel de Irene que surgió de pronto en medio de esa horrorosa carrera hacia el deterioro total. Irene detrás del mostrador cuando iba por el pan. Irene en plena calle cuando volvía del trabajo. Irene detrás de una sonrisa, una mirada, un beso y, finalmente, un cuerpo sobre el que me hundí en un desquiciante anhelo, postergado tras incontables horas de insoportable porquería, y en el que me fui hundiendo cada vez más en mansas veladas de moteles y ausencias de casa mal disimuladas. Y fue tan natural volver una y otra vez al cuerpo de Irene, tan natural como percibir el cuerpo de ella moviéndose allí, tan próximo al mío durante esas noches repugnantes, despidiendo olores y secreciones indecentes sobre mi nuca desde su aliento podrido, cargado de apestosas insinuaciones nocturnas. Tan natural como la corrupción que acabó por agusanar sus últimas resistencias, hasta reducirla a una masa informe y viscosa descomponiéndose bajo una pululante duna de larvas que se retorcían ávidamente sobre su cuerpo inánime el día en que murió. El día en que Camila y los niños me esperaron junto a la puerta de calle para decirme, ya sin ningún gesto de sorpresa u horror al que poder recurrir, que fuera al dormitorio a ver a mamá. El día en que entré a esa habitación para ver su cuerpo perfectamente recostado sobre una cama matrimonial ordenada con pulcritud, apenas visible bajo la gruesa capa de gusanos que surgían a borbotones desde su pecho en una repulsiva y continua erupción, rezumando una fetidez casi desquiciante que me atravesó los pulmones como lava ardiente al abrir la puerta y verlos allí, retorciéndose sobre el cubrecama, en el piso, cubriendo los muebles, las paredes, ennegreciendo los vidrios de la ventana, arrastrándose por el pomo de la puerta, subiendo por mi mano... Cerré de un golpe la puerta, me sacudí la mano y respiré hondo reprimiendo un acceso de asco. Unos pasos más allá los niños me observaron desde unos ojos cansados, expectantes. "Hay que llamar a un doctor", le dije a Camila. Lo que siguió después transcurrió con la misma lenta irrealidad. El doctor entrando en el dormitorio para encontrarse con un cuarto limpio y ordenado, con el cuerpo de ella intacto sobre la cama, tan intacto que casi pareció joven en esos instantes, libre de gusanos y pestilencias como por un extraño milagro; luego el velorio, la misa, el cementerio y finalmente Irene, Irene y el regreso a lo terso y puro como el regreso de un mal sueño, y el tiempo que lo ha ido borrando todo, hasta los más nítidos recuerdos, esos que aún ayer se resistían a un olvido tan definitivo como el que hoy los guarda.

En estos días Camila ha venido a casa para avisar que por fin se casa con su novio, después de cuatro años de dura convivencia. Irene le ha advertido, como buena madrastra y amiga que es, que el matrimonio siempre echa a perder hasta las mejores relaciones y que decididamente

es mejor no casarse; en seguida se ha puesto a quejar de la ingratitud de Álvaro que desde que se fue a Michilla ya no escribe ni visita y que lo más seguro era que se hubiera encontrado alguna boliviana por allá y hasta se hubiera casado y que los últimos en enterarnos -si es que nos enterábamos- seríamos sus propios padres. A eso de las doce Susana volvió del Liceo casi a la carrera para dejar sus cuadernos, cambiarse de ropa y avisar que no iba a poder quedarse a almorzar porque tenía que terminar un trabajo donde una amiga y que allá iba a comer algo. Por la tarde vino la calma, el té silencioso junto a Irene y el buscar hacer algo en la casa, cualquier trabajito para no sentirse tan inútil después de la jubilación. Y el cansancio. Ese extraño cansancio que ha comenzado a alojarse en mi cuerpo y en mi mente como un oscuro pájaro sedicioso. Un hastío denso y pesado que ha empezado a habitar en cada cosa que miro o que toco, que habita en mis sueños nebulosos, hondos, donde se revuelven abismales remolinos de agua marina. Un desgano que se ha ido pegando poco a poco a mi boca hasta hacerme escupir palabras incoherentes, angustiantes de vacío, como una oscura canción conocida ("Me estoy pudriendo", "Me pudro"), mientras los ojos de Irene huyen lejos ante esta negra soledad que pronuncian mis labios y que ha comenzado a escocer aquí, justo en el centro de mi palma derecha, donde un insidioso punto oscuro ha aparecido durante la noche. La misma noche en la que súbitamente logré comprender aquellos ojos, aquel llamado, aquella terrible soledad en su mirada. Cuando deseé con todas mis fuerzas haber podido escuchar, haber podido entender, haber cruzado a tiempo ese abismo tenebroso y haberla abrazado, haberla abrazado con todas las fuerzas de mi alma para que ya no se sintiera más sola, para que el vacío de su mirada se llenara por fin y para que por fin los gusanos se fueran lejos, lejos de su alma, lejos de su cuerpo, lejos de todo nuestro ser.

[1996]

Capítulo 8

LA FUGA IRREPARABLE DE LOS DÍAS

Hubo un momento en que realmente pensó que llegaría a tiempo, pero justo en la esquina se paró en seco y se dio un sonoro golpe en la frente, mientras pensaba irritado: "El informe..." Estaba a mitad de camino entre la casa y el paradero, con dos minutos de atraso, una carpeta hinchada de papeles bajo el brazo, un maletín en el otro y serias ganas de arremangarse el culo a patadas para ver si así aprendía a... "Cómo soy tan hueón", gimió inaudiblemente, y probablemente con gusto se hubiera arremangado el culo a patadas si no fuera porque tuvo que girar a toda prisa y acelerar calle arriba en busca del dichoso informe. A esa hora ya era bastante difícil moverse incluso a pie, incluso en esa calle (por la prisa, por la gente, por la mierda...) y no le ayudaba en nada el retorcijón de tripas que le empezaba a ganar el estómago minuto a minuto. Llegó casi sudando a la casa, dejó el maletín en el suelo y buscó frenéticamente las llaves en los bolsillos hasta que, con un gruñido histérico, optó por empezar a golpear atropelladamente (a ver si en una de esas la idiota de su mujer se apuraba y terminaba de abrirle algún día). Ella lo recibió desde las greñas que caían sobre un par de ojos que lo miraron estúpidamente mientras pasaba como un bólido hasta la mesita del living, apenas dispuesto a contestar a su: "¿Qué te pasó?" Si no hubiera estado tan apurado le habría sugerido que por favor no hiciera preguntas hueonas, pero lo único que quería era tomar el condenado informe y mandarse cambiar (ya veía la cara agridulce del jefe dispuesta a abrir la boca y escupir un chorro venenoso de insultos cuando lo viera llegar quince minutos tarde, sudando copiosas disculpas absolutamente ineficaces). Difícilmente alcanzó a oír lo último que ella le gritó desde la puerta (¿liebre?) en el momento en que volvía a alejarse calle abajo, rogando desesperadamente que por lo menos alcanzara la micro de las ocho y cuarto, Diosito lindo.

Pisar el paradero y ver llegar la micro fue casi simultáneo. Prácticamente tuvo que arrojarse sobre la estrecha abertura que dejó la portezuela delantera al descorrerse con un bufido seco e imperturbable. Tres señoras y un tipo medio pelón vestido de terno se le adelantaron en ganar la entrada que por un momento pareció crujir bajo el peso de los cuerpos intentado entrar a toda costa. Mantuvo firmemente asido el maletín y apretó la carpeta contra su pecho, mientras se impulsaba hacia adelante con todas sus fuerzas obligando a los que intentaban meterse por los costados a cederle el paso. Por un instante pensó que la presión (desde ambos lados y desde atrás) lo ahogaría, oyó un agudo chillido de dolor proferido por alguien a su espalda y el estentóreo bramido del conductor que ordenaba hacia el fondo de la micro: "¡Más atrás, por favor, córranse más atrás...!" Si no hubiera estado tan desesperado por no

quedarse afuera (la micro había comenzado a moverse y el tiempo corría) le habría soltado un par de insultos al animal que en la confusión le había hundido un codo en las costillas, pero prefirió concentrar todas sus energías en un último esfuerzo por alcanzar la escalerilla. Fue como si lo hubieran vomitado hacia el interior de la micro; de pronto la resistencia cedió y se vio impulsado contra un montón de cuerpos a los que quedó apiñado, aplastado por tres más que subieron tras él y sobre los cuales, inmediatamente, se cerró la puerta.

Afortunadamente la incomodidad y la apestante condensación de los olores le resultaban casi familiares, por lo que a su olfato no le costó ningún trabajo adecuarse a la atmósfera y sus piernas lo sostuvieron con bastante eficacia contra el escandaloso traqueteo de la máquina. Sólo lo exasperaba la irritante lentitud con que las calles empezaban a pasar ante él, además de las paradas en que la gente se retorció y lo apretujaba contra la hoja replegada de la portezuela, abriéndose ansiosamente camino hasta la salida para lograr bajar a tiempo. Prefería no mirar su reloj; en casos como ese su mente, apenas conciente de ello, manejaba la absurda creencia de que si evitaba ver la hora, el tiempo, de alguna forma indeterminada, podía correr más lento. En el trayecto sus pensamientos divagaron con febril obstinación sobre la soberana estupidez de no haber tomado un colectivo mejor, sobre lo hueón y arteriosclerótico que se estaba poniendo (¿cómo pudo olvidársele el informe de esa manera?) y sobre la angustiada sensación de ahogo que amenazaba con obstruirle la garganta cada vez que la agobiante substancialidad del tiempo cuajaba de golpe sobre alguna que otra idea. Eso no impidió que se permitiera una fugaz distensión mental para pensar en la ridícula posibilidad de un día de asueto dispensado generosamente por el jefe luego de leer el informe y apreciar su calidad, a pesar de que jamás había logrado conseguir un miserable permiso de él y de que a duras penas había obtenido el consentimiento para un día libre, cosa que había exigido con inhabitual firmeza junto a sus compañeros de trabajo hasta tener cada uno el suyo (él había optado por el día miércoles). Aquellos días eran los únicos que lo salvaban de la acosadora modorra gris que lo abrumaba durante las interminables horas de trabajo y en la que se movía a manotazos y tropezones, como en la oscuridad de un sonámbulo. Súbitamente cayó en la cuenta lo condenadamente difícil que le resultaba traer a la memoria detalles de qué había hecho ayer: había sido miércoles y como todo día libre su mujer, los niños y él tendrían que haber salido a algún lugar bonito y tranquilo donde poder pasarla bien; siempre lo hacían. En la precaria brecha de tiempo en que su mente logró escapar a la sofocante ansiedad de los minutos abultándose despiadados contra su voluntad, trató inútilmente de recordar algún suceso, algún gesto, alguna sensación que lo conectara con el día anterior: se le vinieron imágenes de cansancio, un trozo de carne medio chamuscado, una linterna sin pilas (pero no, eso había sido el miércoles pasado o cualquier otro miércoles menos el de ayer) y, de pronto, hubo un extraño destello de vacío queriendo filtrarse por alguna fisura, buscando hacerse patente sobre las difusas impresiones del rostro de su mujer al abrirle la puerta para recoger el informe que

había olvidado (esa estúpida mirada sobre una estúpida expresión sobre un rostro ¿estúpido?), de su voz gritándole algo desde la puerta, algo que repentinamente amenazaba con adquirir una determinada substancia en sus pensamientos, pero que nunca logró concretarse completamente porque justo en aquel momento la micro se acercaba peligrosamente a la esquina donde debía bajarse y necesitó de todos sus sentidos para poder alzarse sobre el peldaño en que se encontraba (por fortuna el espacio estaba un poco más despejado y pudo moverse casi con libertad), hallar el equilibrio adecuado mientras se pasaba la carpeta al brazo del maletín y levantar el brazo libre para apretar a tiempo el timbre porque odiaba gritar el paradero.

La micro aún no se detenía por completo cuando la portezuela terminó de abrirse y él saltó a la vereda con un movimiento que asemejó a la desesperada ferocidad de un felino acorralado que logra abrirse paso a la libertad. Trastabilló apenas al tocar la vereda y avanzó rápidamente entre la gente hacia la entrada del edificio, casi sin notar el desquiciado ritmo con que la sangre bombeaba desde sus sienes, el sudor que comenzaba a bajar en una gruesa cortina por sus mejillas y los violentos empujones con que despejaba su camino hasta la puerta de vidrio. Con una rápida mirada al reloj mural del recibidor (no tenía tiempo de mirar su reloj de pulsera) pudo comprobar que estaba justo sobre la hora, lo único que debía hacer era llegar al ascensor que ya comenzaba a llenarse y lograr entrar a tiempo, pero unos pasos antes intuyó que se iba a cerrar de todas maneras y, maquinalmente, giro hacia las escaleras, tratando de mantener el mismo ritmo de avance mientras las subía al trote y pensaba, desesperado: "Diosito lindo, que se demoren un poco más, que no hayan comenzado todavía." Cinco escalones antes de llegar a su piso tuvo la sensación de que las fuerzas le abandonarían y pensó en detenerse un momento (sólo un instante, lo suficiente para poder respirar un mínimo de aire, Dios mío), pero había perdido ya demasiado tiempo en llegar allí y no podía darse el lujo de perder un minuto más, una oportunidad más, un empleo más. Así que, en un esfuerzo desesperado, cubrió el espacio que lo separaba de la puerta que daba al dichoso piso y la abrió de un empujón.

Pero sólo vio, entre oscuros nubarrones que se avecinaban sobre sus ojos, una silla vacía y una mesa ordenada que, por un instante, parecieron reírse de verlo allí, tan sudado y jadeante, tan estúpidamente agotado para encontrarse con nadie que le avisara a su jefe que, por fin, él estaba allí. Entonces fue cuando sus ojos y su boca se abrieron desmesuradamente para gritar dónde chucha estaba esa mierda de secretaria que piensa que tengo todo el día para estarla esperando con el informe para que yo no del si... Pero lo único que articuló fue un leve gemido doloroso mientras caía de rodillas, con el corazón azotando violentamente contra su pecho, pensando frenéticamente que la reunión debía haber empezado sin él, que el informe se le estaba cayendo de las manos, que el maletín golpeaba contra el suelo y su cuerpo sudoroso se derrumbaba sobre la alfombra en tanto una silueta borrosa vestida de azul le preguntaba que qué hacía allí, señor Molina, que acaso ese no era su

día libre, que el jefe lo esperaba mañana jueves para la reunión y que su mujer había tenido razón al gritarle desde la puerta, cuando bajaba a toda prisa la calle hacia el paradero, que si no estaba hoy libre (no liebre, l-i-b-r-e), que había tenido razón al mirarlo con esos ojos incrédulos al volver por el informe, y que, de pronto, todo el vacío que no podía llenar de lo hecho en su día libre se llenaba abruptamente, porque ayer había sido martes y no miércoles, porque lo de la linterna sin pilas había sido el miércoles pasado y este miércoles sólo había sido el error de la salida apurada, la micro plagada, el sudor almizclado y su cuerpo muriendo lentamente, mientras desde su mirada nublada de rojo, antes de apagarse para siempre su conciencia, pensaba aliviado que, gracias a Dios, no había llegado atrasado.

[1996]

Capítulo 9

OSTIONES

Lo peor es la humedad. Sobre todo en invierno, cuando una siente que el frío es un afilado cuchillo, una especie de eficaz bisturí dispuesto a incrustarse entre las junturas de nuestros huesos y abrir, despiadado, sus resistencias, hasta dejarnos en una intemperie gélida y absoluta, a expensas de todo tipo de virus y bacterias. Lo que menos se sienten son las manos: dos bultos que se mueven, entumecidos, como si no fueran parte de nosotras, afanosos, veloces y expertos (yo soy la más hábil y puedo hacer varios kilos en poco tiempo). Y por más que una quiera hacer algo por abrigar ambas, no puede, porque aunque una de ellas quede protegida bajo un guante de trabajo (que la mantiene bien a salvo y al abrigo de otro par de guantes más abajo), siempre hay que dejar una mano libre, que es con la que se tiene que trabajar, y se tiene que ser rápida, mover muy bien los dedos para poder manejar el cuchillo, incrustarlo, hacer palanca, abrir, sacar, botar, tomar, incrustarlo, hacer palanca, abrir, sacar, botar, tomar, hacer palanca, rápido, veloz, con pocas interrupciones (las necesarias para acudir a la imperiosa llamada de la naturaleza en un abrir y cerrar de ojos), sobre todo cuando la temporada está buena y hay posibilidad de hacer más kilos y más dinero.

Pero la humedad está en todas partes, y el frío, y cuando se incrustan en el cuerpo ya no hay quien los saque, y allí se quedan, para siempre, habitando en nosotras, sobre todo en nosotras, junto a nuestro corazón que, a veces, en noches oscuras y solitarias, tiembla un poco, y es también como un ostión, y el frío es como el cuchillo, afilado, cruel, que se incrusta, hace palanca, abre, saca, bota, toma, hace palanca, abre...

Entonces pareciera que todo allá adentro se congelara en esa intemperie a la que queda entregado, y que ya no habrá forma de volver a sentir calor alguna vez. Y en esos días helados y grises, una termina de abrir el último ostión con un suspiro de cansancio, como si despertara de un agotador sueño, termina de pesar los preciosos kilos, se saca el desgastado, sucio y viejo delantal de trabajo, termina de bañarse (si hay agua caliente), se arregla y parte de vuelta a casa, pensando en un té caliente, en un volver cálido, en un cálido abrazo.

Pero la humedad está en todas partes, y el frío, sobre todo el frío. Y aunque unos brazos abracen y unos labios besen, y haya un destello de calidez por breves instantes, el frío siempre vuelve a instalarse allá al fondo, insistente, caprichoso. Y no sirve de nada afanarse en atender a los hijos, poner toda el alma en ordenar lo que durante el día ha olvidado su orden natural, perderse en una conversación de tono ameno. No sirve de nada. El frío y la humedad vuelven, siempre vuelven, despiadados. O tal vez no vuelven, tal vez sólo hacen valer su derecho de propiedad en algún lugar, en el fondo. Vuelven sobre todo cuando él me mira, cuando

él me escucha, cuando quisiera decirle cosas que no se deben decir por temor a que las cosas jamás recuperen su orden natural. Vuelven cuando lo miro y quiero ser un cuchillo, un cuchillo afilado y férreo, incrustarme en su corazón y abrirlo, hacer palanca, abrir, sacar, botar, tomar, hacer palanca... Entonces, no sé porqué, pienso: "Los ostiones son machos". Sí, todos ellos, sólo ostiones, ostiones y machos. Entonces digo alguna palabra distinta de otros días, pero más que decir, la vislumbro en la lejanía, la enarbolo como una bandera blanca escrita con secretos sentimientos, la ondeo en la distancia, ante sus ojos, por si alguna vez miran, ven, y sus ojos son buenos, sinceros, pero por más que miran no ven, no entienden: no ven la bandera escrita allí, silenciosa en un gesto, en un comentario casual y palpitante ("No sé si pedir vacaciones ahora, ¿tú qué creí?", "Había un vestido tan bonito el otro día en una vitrina", "A veces tengo unos sueños raros; debe ser ansiedad, ¿cierto?").

Entonces quisiera ser también un ostión, cerrarme en mi concha, abrigadita, allí, donde no pueda llegar el frío y la humedad. Pero no puedo. Por más que me comprimo contra mis secretos, contra mi alma, celosa y oculta, él siempre llega hasta allí, sobre todo por las noches. En las noches viene una ola de calidez traída por sus manos, sobre mi piel, entre mis piernas, contra mis labios. Entonces él me abre.

Soy un ostión, un ostión frágil y gimiente. Y él un cuchillo, un cuchillo afilado e inexorable que se incrusta en mí, hace palanca, me abre, saca, bota, toma, se incrusta, hace palanca, me abre... Soy un ostión, húmedo y abierto, abierto a la intemperie del frío que vuelve con más vehemencia cuando él termina, se deja caer a mi lado, da media vuelta y se sume en sus sueños de ostión imposible, oscuro e inexpugnable. Por eso debo levantarme cada mañana y, aunque haya sol, abrigarme bien, abrigarme y volver a la faena. Entrar a la ostionera, ponerme el delantal de trabajo, tomar el cuchillo (que yo misma confeccioné), un ostión y entonces incrustarlo, hacer palanca, abrir, sacar, botar, tomar... Imaginándome que sí, que por fin soy un ostión, un ostión de verdad, un ostión que se descuelga por un arrecife hasta llegar al fondo de aguas cálidas en donde poder descansar y ser él mismo.

[1999]

Capítulo 10

EL OCASO DEL CAZADOR

El olor de la sangre se esparce sobre los campos como el aura rojiza que entinta esta hora postrera. Las sombras crecen y el agónico estertor del último pecho atravesado se paraliza bajo el sepulcral silencio engendrador de una larga noche. Todos fueron destruidos. Engendros malditos, habitantes de las sombras, bebedores de sangre, espectros inmortales. Vampiros. Sus formas torcidas parecen regadas encima de la tierra aún palpitante por el fragor de la lucha. Hasta donde alcanza la vista, hacia el oriente, cuerpos sobre cuerpos se difuminan mientras las sombras avanzan. Sólo yo he sobrevivido a la descomunal batalla. Sólo yo me elevo sobre la terrible fosa de este campo. Miro mis manos pesadas de sangre y la estaca resbala, como si reconociera el tiempo de la renuncia y el regreso.

Entonces parto. Arrastro los pies entre los despojos y me voy hundiendo en la noche, hacia el final del día. Un viento helado sopla suavemente, acaricia los brazos desnudos y deseca la sangre untada a la piel. Sed. Sólo sed. La brasa quemante que se agolpa en la garganta y le abre estrías de sequedad dolorosa. La fiebre galopante que martilla las sienas y enciende los ojos y la mirada en esta hora de lobredad y quietud. La noche, el negro páramo donde las formas implosionan irremediabilmente y se diluyen, y que ya aletea descomunal desde el horizonte trizado, a punto de perderse para siempre.

¿Para siempre? ¿Será para siempre esta sed, esta sequedad de labios desgarrados? ¿Su amarga avidéz ha de extenderse hasta el instante fatal en que estas piernas agarrotadas de dolor y cansancio se desplomen sobre alguna duna solitaria? ¿Hasta que el peso de estos brazos que cuelgan hacia la tierra como en un llamado se tronchen contra su superficie entibiada por la sangre? ¿Será para siempre la avidéz de esta lengua que de pronto busca en el leve aroma a muerte que tiñe la distancia, una breve tersura de tejidos carnosos, sutil reminiscencia de jugos frutales o humeantes caldos en noches invernales? Engendros malditos, habitantes de las sombras, bebedores de sangre... Bocas hambrientas abriéndose sobre la carroña o la vena vibrante de vida y roja calidez. ¿Quién se apiadará de sus almas retorciéndose a la hora del convite y del festín monstruoso? La sed. Ah, la sed infinita, inacabada, jamás enjugada y que crece devastadora desde el recóndito pecho. La sed que se abre paso a través de los más nobles designios de valor y claridad en el febril fragor de la noche, después de la lucha y la derrota. ¿Quién se apiadará de sus almas, de mi alma? ¿Quién se apiadará?

Capítulo 11

NOSOTROS

¿El mundo sigue igual, amigo mío? En la lejanía oigo su rumor a veces, cuando la madrugada baja cargada de recuerdos y los días pasan con la palpitante ansiedad de los que esperan su ocaso o su amanecer. No sé bien qué espero atado a este cadencioso ritmo: salir temprano, bajar quebradas, cultivar, esperar las próximas estaciones y escribir. Sí, escribir siempre. Con la misma inquieta avidez que se traduce una y otra vez en una sola pregunta: ¿el mundo sigue igual?

Y mientras mis manos, estos dos frutos pálidos y ya blandos en exceso, se mueven en una torpeza que les es propia (más propia conforme pasan los años), termino de guardar tus últimas palabras y me quedo sumido en las figuras de su recuerdo: los autos que pasan, los días ventosos de primavera, las faenas lejanas gimiendo en el atardecer (¿por qué siempre en el atardecer?) y las horas y los minutos marcando el pulso de una vida cada vez más hundida en sí misma, pero tan lejos de todo lo suyo. Me muevo sobre esos recuerdos como un náufrago a la deriva, en fuga inevitable, más fuga cuanto más elegida, más inevitable cuanto menos anhelada. Y este tono ceremonial de las palabras, viejas antiguallas desempolvadas de quién sabe qué reciente lectura. ¿Lo podrías creer?

Signo de madurez o vejez, ¿quién podría decirlo? De aburrimiento, de desesperanza, de vuelta a los orígenes porque es más fácil cubrirse con el manto del misterio que sacudirse el polvo de lo fósil. Y lo fósil es lo futuro, lo hoy. Siempre lo fue. Lo supimos desde que nos vimos y abrigamos esperanzas. ¿Todavía las abrigas? Tal vez no, pero allí estás, en medio del mundo, esperando, lo mismo que yo, sólo que en su centro, desnudo y pisando sus calles para hacerte sentir, para que se oiga a sí mismo caminando a contracorriente, desequilibrado, roto, irreconciliable consigo. Otro.

Oyes su murmullo indiferente y sabes de su pasión hecha por espasmos de civilización dolorosa e incongruente, trizada en su mismo centro de resistencia vital, en permanente huida y rabioso florecimiento sobre un abismo de muertos vivos que pululan por sus calles, como una vez lo hicimos juntos, ¿recuerdas? Ahora te evoco en tu obstinada soledad, allá, en el mundo, siempre en retiro de ti mismo. O quizás no. Quizás tu persistencia es la forma correcta de luchar, amigo mío, y no esta espera cadenciosa de pregunta jamás contestada. Subes a un colectivo y entras en la fragua de la vida cada mañana, encendido como un carbón crepitante que se niega a apagarse definitivamente, a fundirse en la disolución final de toda ciudad. Hurgas en la maraña de las calles con la firmeza de un agujón, tu presencia, la veo ahora, haciendo resonar sus pasos detrás y delante de otros pasos, sobrellevando aquel ritmo, pero imponiéndole su propia virulencia, su acompasamiento indesmentible. A

veces te ven, no siempre, te presienten en la proximidad de su afán cotidiano de luces rojas, amarillas y verdes indicando hacia dónde debe ir el mundo. Los detienes a mirarte, a contemplar la leve cadencia de tus caderas planeando sobre el asfalto, sólo un poco, lo suficiente para notarlas abrigadas bajo la impecable vestidura ceremonial de la rutina y la perfecta aceptación de lo establecido. Luego un breve gesto con una de tus manos quizás, una blanca paloma que denuncia sus anhelos de libertad moviéndose a contrapelo en un espacio no hecho para ese gesto, una brizna de soltura en tus párpados al bajar la mirada o una mansa quietud ardorosa y hambrienta titilando en el fondo de una pupila escrutadora de otros cuerpos iguales al suyo. Roces, sonrisas, diminutas señales dejadas como prendas de disidencia y lucha ancestral. ¿Qué más?

Las palabras. También están las palabras. Su dulce vibración demasiado diáfana en un espacio donde tendría más sentido lo compacto y firme. Demasiado impertinentes ante las veladas sonrisas de una condena inocua, impotente y rabiosa por su propio fracaso. Luego salir hacia el atardecer del mundo, atravesar multitudes y ojos insidiosos, preparados, expertos en captar señales de inquietante revelación: vacuidad e ilusión. Y entrar aquí, a este reducto de soledad, opresivo y demasiado obtuso en su pequeñez, quizás porque no estás tú. Porque ya no es la carga compartida, la antorcha llevada y pasada de mano en mano al atravesar la ciudad. Ver tu carta sobre la mesita y leer. ¿El mundo sigue igual, amigo mío?, me preguntas. ¿Sabré responderte esta vez? ¿Sabrás que no conozco una respuesta exacta, ni siquiera medianamente nítida? ¿Sabrás que tomo cada una de tus preguntas (la misma y distinta cada vez por su onerosa antigüedad) y las desecho como desecho cada posible respuesta? Sí. No. Quizás. No sé. Contemplo por última vez la ciudad, encendiéndose como un mapa luminoso en la niebla, y pienso en la frágil y delicada cintura de una hormiga moviéndose, contoneándose día tras día, grano tras grano, como si cargara el mundo poco a poco, pedacito a pedacito, sobre sus nalgas voluptuosas, ignorante de si ha logrado construir algo lo suficientemente grande para poder decir si algo del mundo ha cambiado al fin.

[2005]